



EL V. P. CRISTÓBAL DE SANTA CATALINA.

## BIENHECHORES DE LA HUMANIDAD.

## El Venerable Padre Cristóbal de Santa Catalina, Presbítero.

El V. varón, objeto de este artículo, aunque dignísimo de ser contado entre las personas que mas se han distinguido por su heroica caridad y beneficencia, de alguna de las cuales se ha tratado en este *Semanario*, apenas es conocido mas que en la provincia de Córdoba, por lo que nos ha parecido muy conveniente publicar, aunque breve y sucintamente, la noticia biográfica que sigue:

El V. P. Cristóbal de Santa Catalina nació en la ciudad de Mérida el día 25 de Julio de 1658, y fueron sus padres Juan Lopez de Valladolid y Juana de Orea, de ejercicio labradores, y sujetos de honestas y piadosas costumbres. El niño Cristóbal no manifestó cosa alguna extraordinaria en su puericia; mas era modesto, obediente y bien inclinado. Habiendo llegado sus padres á estrema pobreza, se ejercitaba con sus hermanos en buscar por el campo plantas comestibles para alimentarlos. Ya algo mayor, dió mas ras de crecer en las virtudes cristianas; y se leió á descubrir que usaba de alguna mortificación. Entonces se acomodó en un hospital para servir á los pobres, y notando el rector la mucha virtud del jóven Cristóbal, le propuso abrazar el estado eclesiástico, como lo hizo; y ya ordenado de sacerdote, fué capellan de un tercio de tropas que militaba en la guerra de Portugal, en cuyo empleo manifestó un celo infatigable y una ardiente caridad para asistir á los soldados, especialmente cuando heridos en el campo de batalla, necesitaban los auxilios espirituales; por lo que era el consuelo universal del tercio. Dejó el ejército con motivo de una enfermedad, y volvió á su patria para restablecerse; y estando en ella, le ocurrió el pensamiento de retirarse á un desierto para hacer una vida mas perfecta; mas por mucho tiempo permaneció indeciso, hasta que al fin se resolvió, y se dirigió á la sierra de Córdoba y sitio nombrado el Bañuelo, donde en aquel tiempo habia un hermitaño, y allí vivió sin manifestar al principio que era sacerdote, hasta que al fin, creyendo justamente que no obraba bien en no ejercer su ministerio, lo manifestó y desde entonces se hizo el padre de aquellos anacoretas.

En este desierto hizo una vida penitentísima; y aunque tan retirado del comercio del mundo, no pudo estar oculta su virtud; pues se señalaba con sus palabras, edificaba con sus obras, y ya se vieron algunos milagros con que quiso Dios confirmarla.

Habia ya por este tiempo en Córdoba un hospital con el título de San Juan y San Jacinto para recoger enfermos que padeciesen dolencias incurables; pero muchas mujeres que por ancianidad ó accidentes estaban impedidas, morían en la mayor miseria y abandono. Llegó á noticia del P. Cristóbal la situación de estas desgraciadas, y resolvió poner los medios para remediarlas. Dejó el desierto, bajó á

la ciudad, y buscando edificio donde formar recogimiento, halló una ermita dedicada á San Bartolomé, en la cual se daba culto á Jesus Nazareno, la que tenia algunas habitaciones; pidióla á la hermandad á que pertenecía, y se la concedió sin dificultad.

Dió principio á la obra y fundacion del hospital en 11 de Febrero de 1675, y buscando pobres por las calles y casas los llevó á él, ayudando las personas caritativas con los efectos que podian. Formó dos comunidades de hermanos y hermanas; personas virtuosas y benéficas que, no por interés sino por vocacion, asistiesen á las enfermas. A estas comunidades hizo establecer una vida penitente y austera bajo la regla de la V. O. T. de San Francisco, y les prescribió un método de vida en que ejercitasen todas las virtudes. Aunque el hospital no tenia mas caudal que las limosnas, no permitia el P. Cristóbal que se pidiese hasta que asomase la necesidad, y habiendo ocurrido ocasiones en que ésta fué urgentísima, premió Dios la firmísima confianza que el P. Cristóbal tenia en su providencia, haciendo admirables prodigios, basta multiplicar el dinero visiblemente para pagar los albañiles que trabajaban en el hospital; el trigo, en términos de durar 50 suenas el tiempo de mas de tres años; y el aceite, teniendo no solo para el gasto del hospital, sino tambien para dar á otra casa religiosa.

No es posible hallar un corazón mas compasivo y misericordioso que el del P. Cristóbal. Tenia por suyas las necesidades ajenas, y las socorria como propias. No contento con asistir á las pobres de su hospital, que eran numerosas; socorria cuantas necesidades podia en toda la ciudad, y solia juntar muchos niños pobres que algunas veces llegaron á 200, y despues de haberlos hecho cantar algunas sencillas alabanzas á Dios, les repartia el sustento que necesitaban. Esto ocurría en años que la ciudad de Córdoba padecía grandes carestias. Consolaba á los enfermos, dábales consejos saludables, y aun el alimento con sus propias manos, siendo estas las únicas ocasiones en que no escaseaba las palabras. Fueron muchos los que, tanto en el hospital como en las casas particulares, debieron la salud milagrosamente á las oraciones del P. Cristóbal, pues se hallaban en tal estado, que no era posible la hubiesen conseguido por los medios naturales.

Para con Dios y para con sus semejantes era su caridad ardiente, su celo infatigable, su humildad profunda, su paciencia en los trabajos admirable, su pobreza rigorosa, su castidad perfecta, su oracion continua y sublime, y sus palabras contenian con el mayor lacrimismo, los mas importantes documentos de la vida cristiana. Su aspecto revelaba las altas virtudes que adornaban su alma. Su semblante era modesto y bajo; sus ojos sin afectacion, sus palabras medidas y apacibles, sus acciones moderadas y sin engorgimiento, compuestos sus pasos y sin presuncion, sus vestidos humildes y viles sin singularidad.

Para entre las eminentes virtudes del P. Cristóbal sobresalian la confianza en la providencia de Dios, y la mas heroica humildad, de



llo y cortísimo pié. Revelaba en miradas todo el fuego de un corazón meridional templado únicamente por un baño de profunda tristeza que llamaba la atención de cuantos la veían.

La historia de María era la historia de tantas otras pobres criaturas que vienen al mundo sin tener un nombre que llevar, ni una mano protectora que sienta circular por sus venas la misma sangre que corre por aquel tierno corazón. María fué encontrada en los brazos del Buen Suceso por un anciano y caritativo sacerdote que tuvo lástima de la débil flor, y la guardó en su humilde morada con el propósito de que se embalsamase un día con la fragancia de su virtud y de su hermosura. Pero como el hombre propone y Dios dispone, Dios no permitió que se realizasen las esperanzas del buen sacerdote, y se lo llevó a mejor vida cuando la niña apenas podía mostrar su agradecimiento ni apreciar los paternales cuidados de su generoso protector.

Los últimos momentos del buen anciano fueron consagrados á su hija adoptiva, sus últimas oraciones invocaron la protección del Rey de reyes para aquella pobre niña á quien legaba todo su haber, es decir, sus hábitos y su breviario. El ama del difunto creyó hacer un buen negocio vendiendo ambas prendas en diez ducados que entregó religiosamente á María, regalándole además por su parte media docena de sillas, una mesa y dos ó tres cuadros de santos, con cuyos enseres alhajó una reducida buhardilla del Buen Suceso, donde dejó instalada á la niña abandonada á su buena ó mala estrella. El ama que no tenía por su parte medios de subsistencia, se acogió al amparo de una parienta lejana que vivía en Toledo, para cuya ciudad se puso en camino á los pocos días de la muerte de su señor.

Mé aquí á María dueña de su persona á los diez años de edad, sola, en medio de una ciudad populosa que no conocía, obligada á entrar en relaciones con una sociedad corrompida que le era enteramente extraña. La desgracia es una admirable maestra, y era María una preciosísima discípula; así fué que aprovechando los pocos conocimientos que había adquirido al lado del ama de su difunto protector, dióse tan buenos maña, que á los pocos meses habíase asegurado la subsistencia con una industria que hoy pertenece únicamente á la historia y poesía, en un establecimiento público en un portal de la calle del Carmen, donde se dedicaba á componer medias de seda. Verdad es que al verla tan niña pocos parroquianos se arriesgaban á encomendarla obras de consideración; verdad es que validos de sus pocos años algunos de ellos remuneraban mezquinamente su trabajo ó se negaban á pagarle, ni poco ni mucho; verdad es que mas de una vez se retiró la niña con las lágrimas en los ojos, sin llevar á su pobre buhardilla el dinero suficiente para comprar un panecillo con que tener aquella noche; pero aun así la orgullosa hija de Madrid se creía dichosa en medio de su independencia, y miraba con una especie de desdénosa compasión á las niñas de su edad que vivían al amparo público por no saberse buscar la vida.

A fuerza de ver unas medias y aristocráticas y elegantes piés, María llegó á hacer comparaciones con los suyos, y hallóse un día con qué podían entrar en competencia con los más bien formados de todas sus parroquias; probóse una media de seda y un zapato de raso blanco; arregló cuidadosamente las negras trenzas de su pelo, y salió á la calle con su mejor vestido, mirándose con placer en la sombra que proyectaba su cuerpo; pues los vidrios de las antiguas tiendas no podían como hoy reproducir las formas de nuestras bellas compatriotas. La niña tenía entonces quince años; los prodigios del buen sacerdote se habían realizado en parte: María estaba radiante de hermosura. Tanto se complacía en mirar sus diminutos piés apisonados en el brillante zapato con tan vanidosas ostentación, hacia gela de los complicados dibujos de su ceñida media, que llama al cabo la atención de un desocupado transeúnte. Éste, después de admirar no ménos que su dueña las lindas medias y el ajustado zapato, y de hacer la apreciación del contenido por el continente, pasó de los piés á la cintura, y de la cintura al rostro, donde halló los dos ojos hermosos ojos que había visto en su vida; y como no tenía por el momento cosa mejor en que ocuparse, dió tras la niña por esas calles elegantísimas como su sombra, y haciendo en su mujer mil proyectos para poseer aquella preciosa albaja. Era el mozo solterón de ólio y no de los mas torpes en él; de manera que calculadas todas las eventualidades y dado caso que la virtud de la niña le llevase al altar, tenía en sus diestras manos medios para soportar los gastos de la vida conyugal. La niña, al cabo de recorrer Madrid en todas direcciones, volvió á la Puerta del Sol, levantó sus ojos, y viéndolo en el reloj del Buen Suceso que era llegada la hora de comer, dirigió á su perseguidor una mirada en que se revelaba más satisfacción que enojo, salvó de un salto el umbral de su puerta y de cuantos los diez escalones que conducían á su buhardilla, donde entró embriagada de gozo, y sentada no tener un espejo bastante grande para mirarse de los piés á la cabeza. Pasado este primer desahogo pagado á la vanidad femenina, asaltó su imaginación otra no menos ardiente, pero de más probable cumplimiento; abrió la ventana de su buhardilla, y asoman-

do su cabeza por encima del cubillete del tejado, fijó sus ojos en la acera de enfrente; á pesar de la distancia, María reconoció al primer golpe de vista á su tenaz perseguidor, que contaba sin dudar con la curiosidad innata del bello sexo, esperaba ver asomar á su hermosa perseguida. Las miradas de ambos jóvenes se encontraron; María tuvo un momento de enojo; su amor propio se resentía de aquella primer derrota del orgullo; pero hallaba tal encanto en dejarse admirar, que solo apeló á la fuga cuando el calor de su rostro la anonchó que sus mejillas se tenían de púrpura. Cerró la ventana, como siá apellito, pensó mucho aquella tarde, y durmió poco por la noche.

A la mañana siguiente se situó en un portal como de costumbre, pero no corrió apenas. La viveza de sus pensamientos enervaba la agilidad de sus manos, la inquietud de su espíritu quitaba el tino de sus dedos.

María, después de infructuosos ensayos, dejó la enojosa labor y levantó la cabeza. A dos pasos de ella, inmóvil como una estatua, hallábase el joven del día anterior, pálido también como María para dedicarse al trabajo que había abandonado como ella después de infructuosas tentativas.

(Continuará.)

## ARIOSTO Y TASSO.

Todos los que están un poco versados en la literatura italiana, ven también las ruidosas conaciones suscitadas en el Parnaso italiano á la aparición del *Goffredo* que salió á disputar la primacía al *Furioso*, por el hasta entonces tan tanta raxon poseído. Sábase cuán inútilmente hicieron papel las pretas los Pellegrinis, Riccis, Salvatis, y otros viejos campeones del uno y otro bando. El pacífico librero Ariosto, descendiente del ilustre poeta, se empeñó entonces en vano en poner de acuerdo á los combatientes, diciendo que los poemas de estos dos ingenios divinos eran de género tan diverso que no admitían comparación; que el Tasso se había propuesto no abandonar jamás la sublimidad de la época (hablamos á los clásicos) y lo había portentosamente efectuado; y que Ariosto había tratado y conseguido agradar á los lectores con la variedad de estilos, entreverando agradadamente lo heroico con lo festivo. Que el primero mostró de lo que es capaz la maestría en el arte; y el segundo, cuanto puede el libre proceder de la naturaleza; que el uno, no menos justamente que el otro, alcanzaban con razón los aplausos y admiración universal, llegando ambas á lo sumo de la pública gloria aunque por diferentes caminos y sin rivalidad alguna. Hízose también entonces aquella famosa distinción, muy brillante que sólida, de que el *Goffredo* es mejor poema, pero que Ariosto es mayor poeta. A pesar de todo, y después de tantos y tan empadados choques literarios, la cuestión permanece aun indecisa, y no será yo el que ahora en *cathedra* trate de decidirla. Pero ya que mi timidez llegué á ese punto, referiré históricamente los efectos que me ha hecho sentir la lectura de estos insignes poetas.

El espectáculo que presenta la *Jerusalén* de una grande y sola acción, propuesta con lisura, conducida con maestría, y concluida perfectamente; la magia de un estilo siempre puro, sublime, sano y poderoso para revestir con su propia nobleza los objetos mas comunes y humildes; la verdad y consecuencia de los caracteres; todo esto no puede menos de interesar y deleitar sobremanera á los lectores del Tasso; no puede menos de encerrar á sus ojos la vida demasiado magníficamente empleada en sus versos, algunas concepciones inferiores á la elevación de su mente y la superabundancia retórica en sus pensamientos amorosos.

Arriesarán siempre en el Ariosto la variedad de tantos sucesos, que reproducen y enriquecen la acción, el colapso vigoroso con que compare y describe, la seductora evidencia con que narra y persuade, la fuerza portentosa de ingenio, que lejos de debilitarse, como sucede comunmente en todo prolongado trabajo, se aumenta en él admirablemente hasta el último verso. Falta de decencia alguna vez, desquiciada lírica, una que otra chocarrera indigna de un gran poeta, sobrada naturalidad en los pensamientos amorosos, de ahí los lugares que no hermosos, por cierto, la belleza del Ariosto.

Pero todo esto, se dirá, no hace á nuestro propósito. Se quiere saber solamente á cual de esos dos poemas se debe la preeminencia. He hecho por desde un principio mi repugnancia á decidir sobre el caso, y solo he expuesto las debilidades que despertaron en mí á uno y á otro de esos dos poemas. Pero si yo fuese poeta, y mi destino y mi talento me llevasen á escribir un poema, antes quisiera para ello la lira de Ariosto que la de Tasso.

No soy de la opinión de aquellos que han ensalzado al *Goffredo Furioso*, no solo sobre *Goffredo*, sino hasta sobre la *Ilíada*; pero es cierta que culpable Ariosto de los vicios de una ardua y alta imaginación, ha sabido templarla con la verdad de los sucesos, con balanzas tales, con el conocimiento profundo del corazón humano, y con las gracias bellas del arte clásica. Los inteligentes admirarán siempre su

el *Orlando* la facilidad con que su autor pasa de lo festivo á lo serio y sublime, y de lo apacible á lo horrído y tremendo: épocas se concibe como sin ser interrumpido ni un instante en las delicias que esparce: en todas las facultades intelectuales, pueda el lector, encantado con volupiosas pinturas, hallarse arrebatado de repente por aquellas piocladías divinas, que deben llevar su alma de terror. El número y diversidad de los héroes del *Orlando*, la multiplicidad increíble de las ideas, sentimientos y pasiones que despierta, la poca verosimilitud de varios incidentes, aunque bellísimos, la cantidad de los episodios, que parecen extraños á su argumento, formarían un crítica sin réplica, si estos errores no los hubiese cubiertos en bella forma, el inimitable cantor con arte maravilloso. Ariosto posee como nadie aquella ciencia encantadora, con la que, en la misma variedad, en los digresiones, y por decirlo así, en los errores de su imaginación, no solo deleita, sino constantemente arrebató á sus lectores.

Estas son las causas de mi especie de preferencia al Ariosto. Además, la fecundidad y lozanza de su imaginación, encantada siempre y encantadora, ócha subyugar, con preferencia al Tasso, el sentido español que tanto convenia con poetas de ese temple. Y aun por eso, en nuestros épicos, y en todos ellos sin duda, se hallan más versos, más incidentes, más cosas, que nos recuerdan cierta imitación del *Furioso*: mientras que no se le ve ninguna semejanza con el *Gofrado*.

El ilustre Valbuena, por ejemplo, no solo se le asemeja en sus artificios en lo principal de la acción de su poema, mas aun en sus episodios ó digresiones. No hay fábula en que antes de demostrar su fin no ponga el lector en las manos los principios de otra, de no menor deleite y gusto, dejando siempre la primera en el mayor riesgo y en lo más apretado del nudo, y donde el descao queda más violentado y el deleite más empeñado en lo porvenir: artificio poderoso á llevar entendiéndolo hasta el fin con el natural apelo de saber al gusto más tibio y helado que en el centro. ¿No hace lo mismo Ariosto?

Nuestro Valbuena, como Ariosto, refiere ingeniosamente los casos maravillosos por tercera persona. Con este arte deja todo lo admirable, y al autor no le da de lo verosímil. Porque si no le es que Gravina se convirtiese en árbol y Estordian en gusano de seda, lo es, y más posible, que aquellos cuentos por entonces anduviesen en las bocas de los hombres de aquel mundo, y los unos los contasen á los otros debajo de aquella misma opinión que los oían. De este modo tejió mejor las narraciones de un poema tan largo, sin cansar demasiado con ellas.

No mejos que en Valbuena encuéntrase en Ercilla, y desde la primera octava, recuerdos del *Furioso*.

Ni podía ser menos, pues que la imaginación y el brio de nuestros poetas, que no empocan á su profundidad y filosofía, se adaptan mas al género del Ariosto. Este poeta tiene además el mérito singularísimo de describir con mucha propiedad de vocablos los usanzas caballerescas, en que este mérito le abandone jamás en todo su poema. Las palabras *palafreo*, *destróire* y otras mil demostrarían esta si fuese propia de este lugar semejante cuestión filológica. El hábito de nuestros poetas antiguos no desconoce á este mérito del poeta italiano: estudiáronle por lo mismo con ahínco, como lo demuestran las varias traducciones españolas hechas desde el siglo XVI, las felices imitaciones que se encuentran en el *Tesoro de varias poesías de Padilla* y en otros libros nuestros. Y ahora mas que nunca parece necesario el estudio entre nosotros de un poeta romántico y caballeresco en este grado, que tan bien sabe excitar el terror y la compasión en las narraciones trágicas y lastimosas, y que en todo el tejido de sus mágicos cantos muestra una erudición y un saber profundo en cuanto pertenece á los usos caballerescos y á los hábitos de la edad media. No hay una vez, repetimos, que no pruebe y pueda demostrar nuestro ventajoso aserto respecto del Ariosto. Su poema, pues, debe ser el diccionario enciclopédico de nuestros románticos, y el asunto de una parte de sus meditaciones predilectas. Y si á este estudio se añade el del *Orlando de Boiardo*, reformado por Bem, resaltará mas el mérito de su continuador el Ariosto.

Las expresiones de este poeta, y cien veces debiera repetirlos, no están puestas al acaso, ni elegidas por un visible capricho: su romanticismo es siempre de buena raza, ya en la erudición, ya en el arte de conmover los afectos; ni estriba solo en el uso de ciertas palabras técnicas, légbres, dolorosas, que ahora hace ridiculas la profusión con que se prodigan.

Ariosto era estudiado ya y tenido por un gran poeta entre nosotros, cuando se tuvo en alto aprecio por todas partes el saber español, y cuando nuestros mayores se entregaban á los severos y graves estudios.

Pero de esta vacío que hay en nuestra patria, de este estudio de los clásicos, de un cierto descao de cosas útiles y ventajosas, hay todavía muestras en ella; y las da en ese desprecio que hace todo este vacío de doctrina y desnudo de ciencia, que aspira á deleitarla

con la van pompa de los adornos; mientras ella pide á voces en sus poesías y prosas alguna cosa mas que deleite, y se vuelve en lo posible á las ciencias físicas y morales, tanto de hecho como de razónamiento, para participar de sus inmensos progresos.

Esta inclinación general, conocida ya de hoy mas por todos aquellos que estudian el adelanto moral de los pueblos, debiera servir de norma á los escritores de nuestra edad para dirigir y reunir sus diversas opiniones hácia un noble y grande fin. Servanos de ejemplo esa misma Italia, la patria del Ariosto, que despues de cinco siglos de incertidumbre, ha vuelto á los estudios sobre Dante, ahora que una crítica filosófica comienza á alumbrar con la luz de la filología aquellas tinieblas que oscurecen desde su nacimiento el divino poema. Y valga la verdad; los mismos coetáneos del gran poeta, interpretándole con su dialecto, no le entendieron, sino que equivocaron su generosa y sublime índole con el empeño que tuvieron en aplicar á extrañas y desusadas significaciones aquellas voces que él tomaba de las fuentes primitivas de todas las lenguas romanadas. Si el lector no tiene al suelo sin leerlo este mal razonado artículo, yo me estenderé otra vez al hablar de nuestros poetas anteriores al siglo XV sobre esta materia interesante. Ahora debo dejar esta pesada digresión.

El Ariosto finalmente, y por lo que llevo dicho, tiene el mérito para nosotros sobre el Tasso, de sernos un libro mas útil y por consiguiente mas interesante. El gusto letrado de los clásicos nos dijo, como ya se ha visto, que el *Gofrado* era mejor poema, y que Ariosto era mayor poeta; pero la depurada crítica dirá ciertamente que el mayor poeta es siempre el mejor y el que mejores poemas puede cantar. Lo buena lógica vale mas que un dicho brillante.

Mas no quiero, continuando, quitar al lector un tiempo que con mas utilidad y deleite, empleará en recorrer el poema del *Furioso*, donde hallará la razón de haber acabado ya este artículo porque

*Par che tutti s'allegriro ch'io sia  
Venuto á fin di così lunga via.*

Nuestro Quevedo emprendió la parodia del *Orlando*, y creemos que esta habra oscurecido la obra de Ariosto, si hubiera sido concluida; tal es la gracia con que el gran poeta español se propuso ridiculizar los cuadros mejor imaginados por el célebre poeta italiano. Merecen citarse algunos versos de aquellos en que describió Quevedo las enormes figuras de los gigantes de la fábula.

Rascábanse de lobos y de osos  
Como de piojos los demás humanos,  
Pues criaban por hendres de bellotas  
Herizos, y ligartos y marramos.

Jugaban, vez que fuerza tan ignota,  
Con penascos de plomo á la pelota.

Y luego se asomaron cuatro palas  
Que dejan tegua y media los zancajos,  
Y cuatro picos de narices chales  
A quien los altos techos vienen bajos.  
Despues por no caber entran á galas,  
Haciendo las portadas mil andrapos,  
Cuatro gigantes que aunque estaba abierta  
Sin calzador no caben por la puerta.

También es digna de recordarse esta comparación con que nuestro poeta ridiculiza las valientes descripciones que abundan en el italiano, y sobre todo la del cuerno de Astolfo.

Estremecida el monte encina á centin,  
El sal dicen que dá dianta con diente.  
Al bronco retumbar de la bocina, etc.

Pero desgraciadamente Quevedo no terminó este curioso y festivo trabajo que para nosotros es tan superior al del Ariosto, como este poeta es superior al Tasso. Diremos, por último, que Ludovico Ariosto nació en Reggio en 1474, dejando muchísimas composiciones con que consolidó su bien adquirida fama, si bien el *Orlando* ha sido mirado con razón como su obra maestra.

Tasso, el rival de Ariosto en la poesía épica italiana, nació en 1544 y murió en 1585 agorriado, según se dice, por las persecuciones de sus enemigos. La posteridad, que lejos de hacerse complacido de las pasiones con que el mundo atormenta por lo común á los grandes hombres mientras viven, sabe vengarlos despues proclamando la inmortalidad de sus obras.

## ENTREGA DEL PUERTO DE LARACHE

A LOS ESPAÑOLES EN 1610.

La fuerte ciudad de Larache está situada en la costa de África sobre el Océano Atlántico y pertenece al reino de Fez. Los romanos la llamaron Liz, y J. Solino, Tolomeo y Marmol la mencionan con diferentes nombres.

Los reyes de Portugal y de España desearon apoderarse de esta plaza para seguridad de sus armadas, y por último los españoles al principio del siglo XVII aprovecharon la ocasión que se les ofreció de hacerse dueños de ella. Muley Jeque, que sucedió á Muley Hamet, con motivo de algunas alteraciones que se suscitaron contra él en su reino, se vió precisado á implorar el auxilio del rey D. Felipe III, para lo cual pasó á España, y por orden de este monarca fué hospedado en la ciudad de Cambrona. Arreglados sus negocios, en remuneración del auxilio y gastos con que lo había favorecido el rey católico para ponerle en posesión de su reino, se convino en cederle la plaza de Larache quedando en Centa y Tanger dos hijos de Muley en rehén para seguridad del tratado. Entonces mandó el rey D. Felipe que D. Juan de Mendoza, marqués de San German, capitán general de la Artillería de España saliese de Cádiz en las galeras que mandaba D. Antonio Coloma, conde de Elda, para entregarse de Larache. Marchó allá el marqués, y así que se tuvo en España noticia de haber tomado posesión de ella se publicó una relación del suceso en una hoja suelta, que era el único medio usado entonces para comunicar al público los acontecimientos importantes, la cual escrita al parecer por D. Antonio Coloma era del tenor siguiente:

«El rey Muley Jeque envió á decir á los moros de Marache que fuesen á Alcazarquivir, que les quería pagar todo el sueldo que les debía y con esta nueva partieron luego. No quedaron en el castillo sino algunos viejos impedidos y el alcaide que se llama Garol. Habiendo avisado al marqués que fuese á tomar la tenencia partió luego con las galeras y en llegando á la entrada de la barra, se alargó á la banda del poniente á una caleta de aquel cabo del castillo de Gioverese, y mandó al sargento mayor Bastajo que 200 arcabuceros y mosqueteros saltasen en tierra y fuese á Alarache, y que en nombre de S. M. pidiese las llaves y cotó luego al punto, y cuando llegó al castillo le dijo al alcaide Garol estas palabras: «Mande vuestra señoría entregarme las llaves de la fortaleza que así lo manda S. A. del rey Muley Jeque; y el alcaide alzó los ojos al cielo y dijo: ¡Alá! y entregó las llaves; y luego envió los cien soldados al un castillo con otro sargento mayor, y él se quedó en otro castillo y entraron dentro, y alzaron estandarte en nombre S. M.

Llegó luego el marqués con el resto y se apoderó de todo. Esto fué sábado, día de San Mateo 20 de Noviembre. Luego partieron las galeras á entrar por la barra: fué tan grande el temporal, y marea que hubo, que estuvieron á pique de perderse. Entró la capitana y le entró un golpe de mar, y le llevó una banda con daño de muchos soldados, marineros y forzados, quebradas piernas y brazos, y algunos muertos.

Lunes 22 de esta mes fué á entrar con mi navío á la barra, y nos dió un golpe de mar que por poco estuvimos á pique, fué Dios servido que pasamos la barra tocando cuatro veces al arena.

Ahora estamos fortificando y haciendo trincheras y estacadas, por que no les ofenda la caballería: el castillo de tierra le han puesto por nombre Santa María la Mayor, y el de mar San Antonio, y á la mezquita han señalado por iglesia mayor, y otro sitio para San Francisco, y una casita que era entierro de un moravito que está entre los dos castillos, que era entierro de los moros, le han señalado á San Agustín: en el circuito que queda cercado se puede hacer una ciudad mayor que Cádiz: coje de un castillo al otro.

En ambas fuerzas se han hallado más de setenta piezas, la mayor parte de bronce y algunas reventadas: mucha pólvora, cuerda y bañas de hierro cola le, basta los aprejos de cabalgár. Son los equipamientos malos, que es menester echarlos otros nuevos.

El rey moro envió á decir al marqués que ya había cumplido su palabra, que supiese guardar su fuerza, y que le diese un castillo en que recogerse, y el marqués le respondió, que él la defendería, y que no podía dar castillo sin orden del rey de España.

El alcaide Garol no se atreve á salir fuera de Alarache de temor no le maten los moros: aquí está con toda su casa muy arrepentido, el marqués le dió cuatro mil reales de á ocho. El sitio de aquesta tierra es muy fuerte: mucho más de lo que se daría. El castillo de la mar está sobre la misma barra, que con piedras pueden matar á quien quisiere entrar en él. Tiene un grande foso y puente levadizo, no puede ser minado porque está sobre peñas. Desté han hecho castellano á Don Pedro de Vicuña, capitán de la armada real. El castillo de tierra también es fuerte con un grande foso fabricado en triángulo;

la entrada del castillo tiene tres vueltas y las murallas altas, de forma que en el uno y en el otro no son de provecho escalar ni bitardas. El lugar está entre los dos castillos conadas con muelas murallas, caídas y maltratadas, fácil de tomar: será tan grande como lo que está cercado en la villa de Cádiz: en saliendo el Sol le dá de frente. Cada casa tiene su jardín, una higuera, una parrá, y un bancalejo para hortaliza: las casas son unos malos aposentos de barro y piedra, cubiertas algunas con tejas y otras con palmas y raias, como casillas de cortijos: hay una larga ribera de huertas á orillas del río, y los puercos, jabalies vienen hasta las propias casas: hay muchos y muchas bellotas. El primer presente que hicieron al marqués fueron bellotas. Están hechas las pueras por treinta años; que pueden los cristianos contratar en el reino de Fez. Los moros en los reinos de Castilla. Los moros están aquí con nosotros y traen á vender leche, manteca, y gallinas, carne, bellotas, y todo lo venden tan caro que vale más barato en España. Muchos moros que echamos de España están aquí, y dicen que son cristianos; con todo eso se han retirado la tierra adentro con su casas ect.—*Deo gracias.*—

Tal es la relación de la toma de Larache.

L. M. RAMIREZ Y DE LAS CASAS DEZA.



(Aventuras de un loco coronado.)

### FABRICACION DE LOS CHALES DE CACHEMIRA.

La materia que sirve para fabricar los chales de cachemira, es una especie de vello parecido á la seda, que se halla mezclado entre el pelo de las cabras de aquella parte del Asia tan celebrada por la inimitable delicadeza de sus tejidos, que no han podido igualar hasta ahora todos los esfuerzos de los países mas industriozos de Europa.

El gran mercado de aquella materia, á la que muy impropriamente se da el nombre de lana, se halla en Kilghet, ciudad situada á 20 dias de marcha de las fronteras de Cachemira. En ella se vende lana de dos clases, la una blanca que se presta mucho á la tintura, la otra cenicienta que se tñe con mucha dificultad. Esta última se elabora comunmente en su estado natural, cada cabra da al año unas dos libras de lana de cada clase, separado con mucho cuidado el pelo con

que está mezclada la lana, se lava esta repetidas veces con agua de almidón de arroz, cuyo operación se ha reconocido ser de la mayor importancia para su preparación.

Los habitantes de Cachemira atribuyen la belleza inimitable de los productos de sus fábricas á la calidad de las aguas de sus valles.

La mejor y mas hermosa lana en bruto se paga en Kilghet á una rupia (unos nueve reales y medio vellón) la libra. Cuando ya está lavada y espurgada, ha perdido una mitad de su peso, y por fin, después de hilada se vende á razon de una rupia por una cantidad de hilo equivalente al peso material de tres rupias en dinero.

Los chales que se fabrican en Cachemira son de distintas formas y de varias dimensiones. Sus guarniciones se elaboran por separado, para que puedan adaptarse al gusto de los diversos mercados á donde se destinan. Además de los chales largos ó cuadrados, se hacen con la misma lana muchos artículos de lujo, como son: telas rayadas, medias negras ó de colores, guantes, cinturones y otros. Los chales que se envían á Turquía son por lo general los mas selectos y esquisitos por su finura y excelente calidad. Con el pelo de las mismas cabras y las partes mas ordinarias de la lana, hacen alfombras, mantas, etc.

De algunos años á esta parte no tienen los chales tanto consumo como antes. Las principales causas á que se atribuye su menor demanda, son la destrucción de los genizaros, entre los cuales eran de uso general: la extincion de los reyes y corte de Caboul; la bancaruta de Luckeroodet.

En tiempo de los emperadores de Mogol, la provincia de Cachemira podia tener en actividad 30,000 telares de chales. Este número fué reducido á 18,000 bajo el imperio de los príncipes Afghans. En el dia apenas llegan á 6,000 los telares que están en movimiento. Poco puede haber influido en esta notable decadencia la rivalidad de los chales fabricados en Inglaterra. Al principio de estos últimos aparecieron en la India, deslumbraron á los indígenas con la elegancia de sus dibujos y el brillo de sus colores, y muchos indios de la clase rica se apresuraron á comprarlos; pero muy pronto se disgustaron de ellos, reconociéndolos por muy inferiores á los de su propio país, en cuanto á la delicadeza del tejido y de su consistencia.

No hará mucho tiempo que un especulador inglés que habia llevado á Delhi una partida de chales fabricados en su país, bastante erécida para formar la carga de un camello, se decidió á venderlos en almoneda pública para despacharlos con mas facilidad. A duras penas llegó á vender dos ó tres chales, porque el precio infimo á que se pregonaban, en vez de entusiasmar á los indios, les retraía de comprarlos. Tan cierto es que un objeto de puro lujo como un chal de la India, pierde mucho de su mérito á los ojos de los ricos consumidores, cuando por circunstancias particulares se abarata su precio hasta el punto de ponerse al alcance de las facultades de la clase media.

El valor de las clases que se exportan anualmente de Cachemira se calcula en 48 lajs de rupias ó sean unos 13 millones y medio de reales vellón.

El soberano actual de Cachemira, Runjeet Sing, percibe cerca de dos tercios partes de esta suma á cuenta de la renta ó tributo de aquella provincia, que paga unos 20 millones de reales. La cuarta parte de aquella cantidad de chales sirve para el uso particular del soberano, ó para hacer regalos á sus cortesanos. El resto se vende, y su producto va á aumentar el tesoro del príncipe.

Estos chales y los que son propiedad particular de los habitantes de Cachemira, se exportan como sigue: Bombay y la India occidental reciben por valor de unos 6,000,000 de reales; el reino de Onda y el resto del Indostan consumen por valor de unos 2 millones y medio de reales, y por fin Calcuta, Caboul, Herat y Balk por un millon y medio de reales.

Los derechos que los príncipes indios imponen sobre los chales, aumentan considerablemente el valor de éstos; pero aun lo hacen subir mas los que les hacen pagar los ingleses, que son unos 332 reales vellón por cada chal.

## LA CORNETA DE LLAVES

Qué es poder.  
(Folios de un ex-nuncio maró).

### I.

- D. Basilio, toque Vd. la corneta y búlaresnos.
- Sí, sí... D. Basilio, toque Vd. la corneta de llaves!
- Tráeme á D. Basilio la corneta en que se está enseñando Joaquín!
- ¡Pero qué!... ¡La tocará Vd., D. Basilio!
- No.
- ¿Cómo que no?

- Que no.
- ¿Por qué?
- Porque no sé.
- ¿Que no sabe!... ¡Habrá hipócrita igual!
- Sin duda quiere que le regalemos el oído...
- Vamos... ya sabemos que ha sido Vd. músico mayor de infantería...

—Y que nadie ha tocado hasta ahora la corneta de llaves como usted...

- Y que le han oído en palacio...
- Y que tiene una pensión...
- Vaya, D. Basilio...
- Pues señor... es verdad. He tocado la corneta de llaves; he sido una... una *especialidad*, como dicen Vds. ahora... Pero tambien es cierto que hace doce años regalé mi corneta á un pobre, y desde entonces no he vuelto... ni á tocarla.

- ¡Qué lástima!
- ¡Otro Rosamir!
- Oh, pues esta tarde ha de tocar Vd....
- Aquí, en el campo, todo es permitido...
- Y hoy, que es mi día, sobre todo...
- ¡Vival vival! ¡Ya está aquí la corneta!
- Sí; ¡que toque!
- Un wals...

- No... una polka...
- ¡Polka!... ¡Quita allá!... ¡Un fandango!
- Sí... sí... ¡fandango! ¡Baila nacional!
- Lo siento mucho, hijos míos; no puedo tocar.
- Vd. tan amable...
- Tan complaciente...
- Se le suplica á Vd. su nietecito...
- Y su sobrina...
- ¡Dejadme por Dios! He dicho que no toco.
- ¿Por qué?
- Porque lo he jurado.
- ¿A quién?
- A mi mismo, á un muerto y á tu pobre madre, hija mía!

Todos los semblantes se entristecieron súbitamente al escuchar estas palabras de D. Basilio.

—¡Oh!... si supierais á qué costa aprendí á tocar la corneta... añadió el viejo.

—¡La historia! ¡la historia! exclamaron los jóvenes, contándonos esa historia.

En efecto, dijo D. Basilio; es toda una historia. Escuchad, y sentándose bajo un árbol, rodeado de una curiosa tropa de muchachos, contó la historia de sus lecciones de corneta.

No de otro modo, *Mazepa*, el héroe de Byron, contó una noche á Carlos XII, debajo de otro árbol, la terrible historia de sus lecciones de equitación.

Oigamos á D. Basilio.

### II.

—Hace diecisiete años que ardía en España la guerra civil. Carlos é Isabel se disputaban una corona, y los españoles, divididos en dos bandos, derramaban su sangre en las batallas por satisfacer una ú otra ambición.

Tenia yo un amigo, teniente de cazadores de mi mismo batallón, el hombre mas cabal que he conocido... Nos habíamos educado juntos; juntos salimos del colegio; juntos peleamos mil veces y juntos deseábamos morir por la libertad... ¡Oh! él era, si se quiere, mas liberal que yo.

Pero hé aquí que una injusticia cometida por un jefe en un asunto de mi amigo Ramon; uno de esos atentados á la ley que disgustan de la mas honrosa carrera; una arbitrariedad, en fin, hizo desear al teniente de cazadores abandonar las filas del ejército, al amigo dejar al amigo, al liberal pasarse á la facción, al subordinado matar á su coronel... ¡Buenos humos tenía Ramon para aguantar una injusticia ni al lucero del alba!

Todas mis instancias fueron inútiles para disuadirle de su propósito; era cosa resuelta; cambiaba el clacó por la holina, odiando como odiaba mortalmente á los facciosos.

A la sazón nos hallábamos en el Principado, á tres leguas del ege-walgo.

Era la noche en que Ramon debía desertar, noche lluviosa y fría melancólica y triste, vispera quizá de una batalla.

A eso de las doce entró Ramon en mi alojamiento.

Yo dormía.

—Basilio... marañón en mi oído, sacudiéndome con una mano.

—¿Quién es?

—Soy yo... adiós!

—¿Te vas ya?

—Sí, adiós.

Y me tomó una mano.

Oye, continuó, si mañana hay, como se espera, una batalla y nos encontramos en ella...

—Ya lo sé; somos amigos.

—Bien: nos damos un abrazo y nos batimos en seguida. Yo moriré mañana regularmente, pues pienso no abandonar el campo hasta que mate al coronel. En cuanto á ti, Basilio, no te espongas mucho. La gloria es humo.

—¿Y la vida?

—Dices bien: hazte comandante, exclamó Ramon; la paga no es humo... sino ron, tabacos, muchachas. Chist, todo eso se acabó para mí.

—Jesús, qué idea, dije yo muy afectado; mañana sobreviviremos los dos á la batalla.

—Pues emplacémonos para mañana á la noche.

—¿Dónde?

—En la ermita de San Nicolás, á la una de la noche: el que no asista será porque habrá muerto. ¿No es así?

—Asimismo. Con que adiós.

—¡Adiós!

Abrazámonos tiernamente, y Ramon desapareció en las sombras de la noche.

### III.

Como temíamos, ó mejor dicho, como esperábamos, los facciosos nos atacaron al otro día.

La accion fué reñidísima y duró desde las tres de la tarde hasta el anocheecer.

Una sola vez vi á Ramon.

Su cabeza estaba adornada con la ancha gorra del carlista.

Ya era comandante.

Habia matado á nuestro coronel.

Yo no fui tan afortunado.

Los facciosos me hicieron prisionero.

### IV.

Era la una de la noche la hora de mi cita con Ramon.

Yo estaba encerrado en un calabozo de la cárcel de..., pequeño pueblo ocupado por los carlistas.

Pregunté por Ramon y me dijeron:

—Es un valiente, ha matado á un coronel. Pero habrá perecido.

—¿Cómo?

—¡Sí, no ha vuelto del campo!

¡Ah! ¡cuánto sufrí aquella noche!

Una esperanza me quedaba.

Que Ramon me estuviese aguardando en la ermita de San Nicolás, y que por esta razon no hubiese vuelto al campamento faccioso.

—¿Cuál será su pena al ver que no asisto á la cita! meditaba yo; ¡me creará muerto! Y por ventura, ¿tan lejos estoy de mi última hora? Los facciosos fusilan siempre á los prisioneros. Mañana debo morir. Pero Ramon volverá antes. ¿Y si ha muerto hoy? ¡Dios mío! sacádme de esta incertidumbre.

Así amaneció al día siguiente.

Un capellan entró en mi prision.

Todos mis compañeros dormian.

—¡La muerte! exclamé al ver al sacerdote.

—Sí, respondió éste con dulzura.

—¡Ya!

—No: dentro de tres horas.

Un minuto después habian despertado mis compañeros.

Mil gritos, mil sollozos, mil blasfemias llenaron los ámbitos de la prision.

### V.

Un hombre que va á morir suele aferrarse á una idea cualquiera y no abandonarla mas.

Pesadilla, fiebre ó locura, esto me desquició á mí.

La idea de Ramon, de Ramon vivo, de Ramon muerto, de Ramon en el cielo, de Ramon en la ermita, se apoderó de mí de tal modo, que me quedé inánime, estúpido, como un idiota.

Quitáronme mi uniforme de capitán y me pusieron una gorra y un capote de soldado.

Así marché á la muerte con mis veinte compañeros.

Uno solo se libró del patibulo, porque era músico.

Los carlistas perdonaban la vida á los músicos, tanto porque no les hacian daño en la lid, cuanto porque tenian necesidad de bandas de música para sus batallones.

—¿Y era Vd. músico, D. Basilio? ¿Se salvó Vd. por eso? preguntaron todos los jóvenes á un tiempo.

—No, hijos míos, respondió el veterano; yo no era músico; yo no sabía una nota de música.

Formóse el cuadro y colocáronnos en medio...

Yo hacia el número diez; es decir, yo moriría el décimo.

Entonces pensé en mi mujer y mi hija; en tí y en tu madre, hija mía.

Empezaron los tiros.

Aquellas detonaciones me enloquecían.

Tenia vendados los ojos y no veia casi á mis compañeros.

Quise contar las descargas para saber un momento antes de morir que se acercaba la mia.

Pero antes del tercer golpe de tiros perdí la cuenta.

¡Oh! aquellos fusilazos tronarán eternamente sobre mí.

Ya creia oírlos á mil leguas de distancia; ya los sentia reventar dentro de mi cabeza.

Y las detonaciones seguian.

—Ahora, pensaba yo.

Y oruga la descarga, y yo estaba vivo.

—Esta es... me dije por último,

Y sentí que me cogian por los hombros, y me sacudian, y me daban voces en los oídos.

¡Cai!

No pensé mas.

Entonces soñé que habia muerto fusilado.

(Continuará.)

PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

## El monumento de Pedro el Grande.

En el precedente número del SEMANARIO han visto nuestros lectores la hermosa estatua ecuestre del esclarecido Czar que indica nuestro epigrafe. El conde de Hoverden, promovedor decidido de las artes en la Silesia, mandó fundir al célebre esculptor brancista y cincelador C. Honsch de Breslän la estatua de Pedro el Grande, copiando el original que se halla en San Petersburgo, coronando un peñasco que pesa 12,000 quintales y fué trasportado desde Finlandia á la capital del imperio. Encabritase el caballo y con el pié de atrás pisa una serpiente. Sobre el costado izquierdo de la peña se lee la siguiente inscripcion.

PETRO PRIMO

CATHARINA SECUNDA

MDCCCLXXX.

## LAS NAVES A PIQUE.

Escúchame por tu vida,  
Valeroso castellano;  
Así Dios con bien te vuelva  
Venturoso al suelo pátrio,  
Donde tus ojos admiren  
Tus fecundísimos campos.  
Las paredes de tu aldea  
Y su altivo campanario.  
Escucha, y el cielo quiera  
Que tornes pronto á los brazos  
De los que niño en la cuna  
Tu puro sueño arrullaron.  
¿Qué nuevas traes de la guerra?  
¿Qué nuevas traes de los bravos  
Que allende los mares lidian  
Nuevo mundo conquistando?  
¿Qué dices de aquel caudillo  
Tan valiente como ingrato  
Que por amor de la guerra  
Mis amores ha dejado?  
¿Vive?... ¿Le adora su gente?  
¿Le respetan sus contrarios?

¿Conserva en su noble pecho  
 La banda que le he bordado?  
 ¿Sabes si de mí se acuerda?...  
 ¡Si viera cuánto le amo,  
 Si viera cuánto le lloro  
 Pronto volviera á mi lado!  
 Dime, y perdona si necia  
 Te estoy enojo causando;  
 ¿Has velado tú su sueño?  
 ¿Le has estrechado la mano?  
 ¿Le has sujetado el estribo  
 Para subir al caballo?...  
 ¿Has sentido algunas veces  
 Deslizarse por sus lábios  
 El nombre de Catalina,  
 O ya no me nombra acaso?...  
 ¡Oh!... si algo sabes contesta,  
 Contesta, jóven bizarro,  
 Y así te espere tu dama  
 Con el amor que yo aguardo.  
 —Por Cristo, noble señora  
 Que me aflige vuestro llanto,  
 Pues por su abundancia dice  
 Del alma que está manando.  
 Ese caudillo valiente  
 Que es de los indios espanto,  
 Cerró el camino á su patria  
 Echando á pique sus barcos.  
 —Dios mío, no, no, le engañas  
 Dime que te han engañado.  
 —Pluguiera el cielo, señora,  
 Mas yo lo estuve mirando.  
 —¿Tú lo viste?... Madre mía;  
 ¡Y yo qué le amaba tantol...  
 —Se amotinaron los suyos  
 En pro del Adelantado,  
 Y quitóles la esperanza  
 Quemando velas y palos.  
 —Dime como fué y no tiembles,  
 Que aunque ves mi rostro pálido,  
 Aun tengo sangre en las venas  
 Y valor para escucharlo.  
 —Pues oíd. Era de noche  
 Y en medio de un cielo claro,  
 Amarillenta la luna  
 Se columpiaba brillando.  
 Todo en silencio yacía,  
 Todo estaba solitario,  
 Y de la playa serena  
 En el tranquilo regazo,  
 Blandamente se mecía  
 Toda la flota de Hernando  
 Y en tanto los capitanes  
 Se entregaban al descanso,  
 Porque siempre el sueño ha sido  
 De los crímenes amparo,  
 Como sombras fugitivas,  
 Como espectros funerarios  
 A las cubiertas subieron,  
 Los fieros amotinados  
 Con antorchas encendidas  
 Y las dagas en las manos.  
 En medio de ellos andaba  
 Juan Diaz el licenciado  
 Despertando á los d'armidos  
 Y la discordia atizando,  
 Diciendo: «Viva Velazquez,  
 Torced el rumbo á Santiago»  
 A tales voces sacuden  
 Ligero el sueño los cabos  
 Y acorren á las cubiertas  
 De piés á cabeza armados,  
 Con las celadas corridas  
 Por cubrir el sobresalto.  
 Al ver airada la chusma  
 Con criminal aparato,  
 De prudencia revestidos  
 A los ruegos apelaron,  
 Porque á veces las razones  
 Cambian del todo los ánimos.

Promesas, súplicas, ruegos,  
 Amenazas, todo es vano,  
 Que la alormenta arreciaba  
 Causando tales estragos,  
 Que ya andaba la licencia  
 Respetos atropellando.  
 De pronto en medio de todos  
 Alza su gigante brazo  
 El valeroso caudillo  
 Con brio tan soberano,  
 Que al silbido de su espada  
 Que bajó el viento cortando,  
 Rauda como la centella,  
 Destructor como el rayo,  
 La cabeza de un rebelde  
 Fué por las tablas rodando.  
 No en el revuelto Diciembre  
 Brama ron tal furia el ábrego,  
 Como su acento terrible  
 Retumbó por el espacio.  
 —«Fuera esas armas; traidores,  
 Sus, de rodillas, villanos,  
 O ancha tumba es para todos  
 El mar en que nos hallamos.»  
 Dijo: y con un pistolete  
 Puesto el cañon hácia abajo,  
 A Santa Bárbara apunta,  
 Y altivo esperó el mago.  
 Así como con un dedo  
 Calma Dios el Oceano  
 Que osadamente subia  
 Al cielo en ondas hinchado,  
 Y luego manso se arrulla  
 A sus piés como un esclavo.  
 Así Hernán calmó la furia  
 De sus rebeldes soldados  
 Que de miedo confundidos  
 A sus plantas se arrojaron.  
 —¡Perdon!...

¡Hola!... ¡Al fin vencidos  
 Estais á mis piés tamblando!...  
 ¡Aqui de mis capitanes!  
 Valiente Lugo Alvarado,  
 Cortad el cuello á los jefes  
 Que han promovido este caso,  
 Que es justo que con la vida  
 Paguen delito tamaño:  
 Y á ese fraile que atrevido  
 La traicion ha predicado,  
 Atado á una lancha presto,  
 Y en medio del mar dejado,  
 Que ya cuidarán las ondas  
 De conducirlo á Santiago.  
 Ora vosotros, traidores,  
 A la playa desarmados  
 Que para siempre de España  
 Voy á cerraros el paso.  
 Y recogiendo las picas,  
 Arcabuces y venablos,  
 Libres los dejé en la playa  
 Tristemente castigados.  
 A poco de este suceso  
 Torrentes de luz brotaron,  
 Y en las llamas se envolvieron  
 De las naves los pedazos.  
 Yo temeroso, señora,  
 Cogi una lancha, y al cabo  
 De mil penas y fatigas  
 Aqui llego por milagro.»

Calló el mozo y Catalina  
 Sin cuidarse del recato,  
 Partiendo el aire en suspiros  
 Tornó la espalda llorando.

ANTONIO HURTADO.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO DE ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra